EL PROBLEMA ECONÓMICO.

Es la cuestión social ó problema económico, el grave y trascendental asunto que preocupa honda y seriamente la atención de los políticos de todos los partidos y de todos los países; es lo que á cada momento surge terrible y pavoroso, presentándose con caracteres que alarman á la sociedad; y como todo problema, exige imperiosamente una solución. ¿A qué son debidos los trastornos y agitacione que han tenido lugar en Londres en estos últimos dias? ¿qué significan el socialismo alemán, el comunismo francés, el nihilismo ruso, la conmoción irlandesa, los motines que frecuentemente Madrid presencia? Pues no es otra cosa que el Cuarto estado, demandando lo que cree necesario para la realizacion de su destino. El obrero, el artesano, el jornalero que no encuentra trabajo para adquirir un pedazo de pan con el fin de satisfacer el hambre de su mujer y de sus hijos, que una vez que trabaja no se le dá el correspondiente salario, explotándosele inicuamente, pide por las vias legales el medio de mejorar su situacion, y cuando por ese camino no consigue lo que cree perfectamente justo, acude á los medios de fuerza. Escribe principalmente el mal en que no viven en perfecta relacion el capital y el trabajo, en que el propietario en vez de emplear sus capitales en el desarrollo y fomento de la agricultura, la industria y el comercio, los envia á los bancos extranjeros sacando de este modo de su patria riquezas que debian permanecer en ella.

Podrá objetarse ¿no es el capitalista absoluto dueño de su capital? ¿no puede disponer libremente de él? claro es que no tiene una obligacion legal de procurar auxilio al trabajador, pero tiene una obligacion moral; no es el principio negativo de justicia que dice: no hagas á otro lo que no quisieras que te hiciesen á ti, sino el principio positivo de caridad que consigna: haz á otro lo que quisieras que á ti te hiciesen; que tenga en cuenta que antes que propietario es hombre, que la naturaleza humana es muy superior al interés, que considere que todos los hombres somos hijos de un mismo Padre, habiendo por tanto entre todos nosotros una relacion de fraternidad. Debe ser el pobre para el rico lo que un hijo de menor edad para su padre, pues así como aquel necesita de la proteccion y ayuda de éste quedando bajo su obediencia y sumision, no baja y servilmente sino conservando su nobleza y dignidad; de igual modo el rico debe de ser el protector, el sostén, el apoyo del pobre, dándole los recursos necesarios para su subsistencia, y el pobre obedecer y mirar por el mayor desarrollo de los bienes del rico.

Ahora bien: la pasion política suele mezclarse en esta cuestion, y algunos partidos suelen explotarla en beneficio suyo; la resolucion del problema actual no debe darla la política, sino la sociedad. Es necesario buscar cuanto antes la solucion conveniente; saquen los propietarios sus capitales, emprendan obras que al propio tiempo de aumentar sus riquezas den trabajo á los obreros y verán la recompensa que éstos pueden darles, á saber: su profundo agradecimiento á los que les proporcionen el pan suyo y el de su familia, y entonces los ricos en lugar de temer por sus bienes y haciendas, los verán protegidos junto con su persona por aquellos que de él dependan; experimentarán esa satisfaccion espiritual que produce siempre el bien obrar, y Dios desde el cielo, bendecirá á unos y á otros, porque en lugar de enemigos irreconciliables, serán hermanos cariñosos que se protejan y se ayuden.

LO DE LONDRES.

Nunca creyera yo que pudiera un dia el

telégrafo transmitir á todo el mundo noticia tal, como la que estos dias preocupa á todos los políticos, y sobre todo á los monárquicos de Europa.

Inglaterra; esa nacion formada de estatuas; de seres sin sistema nervioso, sin pasiones, sin vida; de hombres flemáticos por constitucion en los que la calma preside todas las acciones, y el cálculo al deseo. Nacion de cuyos habitantes se cuentan anécdotas para todos los gustos, y que dió origen á la célebre frase: «Es tan frio y grave como un inglés.» Inglaterra dando abasto á la crónica de escandalos, motines y sublevaciones, cuando ella ha visto siempre impávida como los demás se han despedazado, apresurándose sólo, cuando al final de la pelea ha podido tomar parte en el reparto de saugrientos despojos, costase lo que costase y aunque fuesen precisas mucha astucia y mucho engaño; pero siempre con calma, siempre fria, calculando en todo y viendo al través del prisma mercantil desde el amor patrio, hasta el crimen. Haciendo una diplomacia especial suya que consigue cuanto quiere en todas partes sin que haya quien se atreva á oponerse á su voluntad.

¡Oh! la verdad es que los tiempos han cambiado.

Una gran plaza llena de obreros que gritan, que piden pan; que atropellan todo sin freno que los contenga y sin castigo que les ataje; eso es lo lógico, lo natural, lo corriente, en Francia; en España; ¿pero en Inglaterra?

Acostumbrados estamos á oír en todos los tonos, que esas manifestaciones que en nosotros son tan comunes nos deshouran á los ojos de la Europa culta que nos mira con lástima por tales extravíos producto de nuestro temperamento meridional. Pero hoy, por lo visto, se han contagiado de esta enfermedad aun los que le tienen glacial.

Lo más notable es que los periódicos ingleses al dar cuenta de estos sucesos hacen uso de la misma plantilla que los nuestros en análogos casos.

Esos movimientos populares; esos hombres que piden algo con que saciar su hambre, escitada á la vista del lujo y del fausto que por todas partes encuentran, como un sarcasmo que les manifiesta el rudo contraste entre su posicion y la de sus compatriotas mismos, que se asustan del ruido que producen pero en cuyos pechos no ha lugar á la menor emocion, si no es de miedo, tal espectáculo, esos movimientos son manejos de los revolucionarios; de los agitadores irlandeses.

Lo mismo que diría cualquiera de los periódicos monárquicos españoles, en igual caso.

Y sin duda debe ser así, cuando léjos de hallar frases compasivas y limosnas para el desgraciado, que es lo más adecuado en el femenino carácter, las señoras inglesas viendo detenido su carruaje por la muchedumbre esclamen ¡partad esos perros!

Qué bondad de carácter revela la anterior exclamacion y qué juicio obliga á formar de la sociedad en que los ángeles del hogar, las mujeres, hablan con tan tierno estilo.

Seguramente, ó nosotros estamos muy civilizados sin saberlo, ó esos fenómenos no prueban nada en contra de el adelanto de los pueblos. Porque ¿quién negará que Inglaterra es de las que marchan á la cabeza de Europa en el camino del progreso? Y si esto es cierto, en algo llevamos nosotros la ventaja por ser ya viejas tales cosas en nuestro suelo.

Desgraciadamente esto no prueba como pretenden los asustadizos políticos de que disponemos, atraso de ningun género; esto no prueba más sino lo que todos sabemos; que el trabajo está sujeto á crisis que pueden

depender de ininidad de causas y que son siempre fatales para la clase obrera.

Y que lo son mucho más, porque los gobiernos no cuidan de poner remedio á esos males, lo que podian hacer organizando convenientemente á los jornaleros y favoreciendo la creacion de Cajas de ahorros y de socorros mutuos, segun las ideas brillantemente esplanadas por muchos hombres ilustres de nuestros dias.

De ese modo y con un poco más de cordura para no confundir los quejidos que arranca el hambre con los gritos pagados, y pensando que los primeros si no son atendidos pueden ser más funestos, que los segundos, se evitarán esos movimientos populares, que tanto se abultan por aquellos á quienes conviene.

No nos estrañe pues que ocurra en Inglaterra; allí hay más trabajadores que en parte alguna porque su industria es tambien la más activa y su comercio el más grande; justo es que la crisis de que nos ocupamos surjan allí con más intensidad sin que representen á pesar de ello otra cosa que lo que esos grupos, que en Madrid se ven hace ya dias pidiendo pan y trabajo.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

Se fué Luisa Casado.

Esto se repite en todos los tonos y acompañado de palabras de sentimiento. El Teatro Español, nos priva de admirarla, llamándola para que los madrileños vuelvan á gozar de su presencia.

Ella vuelve á su centro; pero más valiera quizá, y que me perdone, no haberla tenido entre nosotros, que así no sufriríamos al vernos sin ella.

El vapor ha podido salvar rápidamente la distancia que nos separa de la Corte, pero no por eso podrá hacer olvidar á tan notable artista el público valdepeñero; se ha sabido grangear un cariño sin límites entre nosotros, y las muestras de simpatía, y los justos aplausos á la actriz, que ha recogido, han sido innumerables.

Aunque sus triunfos continuados, en esta villa, han sido lógicos dados sus méritos, no por eso la habrán satisfecho ménos.

A los que ya conocen nuestros lectores, hay que añadir, las entusiastas ovaciones que recibió en la segunda representacion de «La Pasionaria» y en la de la notable comedia de Eguilaz «La Payesa de Sarriá» cuya protagonista desempeñó con amor, siendo interrumpida en los momentos más culminantes de la obra por los ruidosos aplausos de todo el público. La hermosa escena con Roger del primer acto y la del segundo con el mismo, no pudieron ser mejor interpretadas. El final de la obra sublime por parte de la señorita Casado y del Sr. Ortin á quien no puedo decir cuanto quisiera por no tener espacio suficiente. Perdóneme en gracia de la galanteria, y reciba mis plácemes: estuvo como siempre; digno de ella.

Reciba mi humilde saludo la artista, á quien no olvidaremos fácilmente.

En otro lugar nos ocuparemos de su despedida.

Yo quisiera tener á mi disposicion gran espacio y citar á todos los actores, mas esto no es posible, y voy á limitarme á reparar un involuntario olvido en que incurri en mi pasada Crónica. Precisamente de quien ménos hubiera deseado prescindir fué de quien me olvidé. De la Srta. Delgado.

Es una niña; pero revela un talento superior y tiene condiciones tales de artista, que no dudo en asegurar que es una gran esperanza para el Teatro. En varias obras ha tomado parte, y en todas ha alcanzado aplau-